

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Estructuras sociales, estructuras de la personalidad. Una propuesta de abordaje sociohistórico.

María del Carmen Goldberg.

Cita:

María del Carmen Goldberg (2005). *Estructuras sociales, estructuras de la personalidad. Una propuesta de abordaje sociohistórico. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/799>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Xº JORNADAS INTERESCUELAS/DEPARTAMENTOS DE HISTORIA
Rosario, 20 al 23 de setiembre de 2005.

***Estructuras sociales, estructuras de la personalidad.
Una propuesta de abordaje sociohistórico.***

Mesa N° 84: "Estructuras, sujetos y procesos en América Latina contemporánea. Siglo XX"

Fac. de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de San Juan

CEA, Universidad Nacional de Córdoba

Pedro Quiroga, Oeste, 252, 5400, San Juan

Tel. 0264-4217143

mgoldberg@interredes.com.ar

josemariacarelli@yahoo.es

María del Carmen Goldberg¹

Alejandro José María Carelli²

En Bourdieu, el habitus constituye la articulación entre lo objetivo y lo subjetivo, entendiendo lo subjetivo como lo social individualizado. La individualización es producto del proceso de civilización en la dirección de una mayor autoacción sobre la coacción externa.

El proceso de la civilización (en términos de Elias) implica que el desarrollo humano se realiza en la dirección de una integración y diferenciación crecientes en que se complejiza la red de interdependencias y que, por tanto, hace necesario un mayor control de las conductas y emociones humanas. Las estructuras de la personalidad también se van configurando en la misma dirección, requiriendo un creciente autocontrol de actos y emociones.

En la historia de las sociedades latinoamericanas, caracterizadas por las permanentes rupturas de sus procesos, se produciría un constante desfasaje entre las condiciones objetivas y el campo de las representaciones, que podría pensarse también como desfasaje entre los campos y los habitus.

¹ Docente-investigadora, Fac. de Ciencias Sociales, UNSJ.

² Becario CONICET, CEA, UN de Córdoba

En esta ponencia proponemos estudiar las estructuras de personalidad que se construyen históricamente en interdependencia con las estructuras sociales. Nuestra hipótesis de trabajo es que si éstas son constantemente "desconfiguradas" por la interrupción (generalmente violenta) de los procesos en que se están desarrollando no parece demasiado aventurado suponer que estas interrupciones provocan también consecuencias en las estructuras de la personalidad.

Introducción

La relación entre individuo y sociedad es uno de los tópicos de la discusión sociológica generador de permanentes debates y que aún hoy no encuentra una resolución acabada.

Las líneas sociológicas pueden, en una primera aproximación, clasificarse en dos grandes grupos: las que otorgan primacía al individuo, y por tanto la sociedad es la resultante de la aglomeración de individuos; y las que convierten al individuo en un epifenómeno de la estructura, única instancia de explicación causal. En la actualidad algunos enfoques se orientan al análisis de la articulación individuo – sociedad en un intento de superación de las dicotomías teóricas.

Estas dicotomías que enfrentan individuo y sociedad solo son posibles al cabo de un largo transcurso histórico en el cual se produjo el proceso de individualización que permite pensar al individuo aislado, afuera, enfrentado respecto de la sociedad. Este proceso de individualización fue un resultado de la diferenciación e integración crecientes en el desarrollo de los entramados humanos que, en la dirección del *proceso de la civilización*, modificaron las estructuras sociales y las estructuras de la personalidad. “En toda transición desde una forma predominante de organización de la supervivencia, que comprende a menos personas y es menos diferenciada y compleja, hacia una respectivamente más amplia y compleja, se modifica de una manera característica la posición de los seres humanos particulares en relación con la unidad social a la que dan forma al reunirse; dicho en pocas palabras: la relación entre individuo y sociedad”. (Elias, 2000: 193)

El proceso de la civilización implica que el desarrollo humano se realiza en la dirección de una integración y diferenciación crecientes en que se complejiza la red de interdependencias y se hacen más largas las cadenas funcionales que vinculan los individuos entre sí. Las estructuras de la personalidad también se van

configurando en la misma dirección, requiriendo un creciente autocontrol de actos y emociones.

En el proceso de la civilización los entramados sociales adquieren progresivamente dirección hacia la centralización con la aparición de instituciones que monopolizan la violencia física y la recaudación tributaria, una de las consecuencias de este proceso es el surgimiento de ámbitos pacificados de los cuales se va retirando paulatinamente el ejercicio de la violencia física como forma predominante de relación social. “En términos generales, la dirección en que se cambian el comportamiento y la economía afectiva de los hombres cuando se transforma la estructura de las relaciones humanas del modo indicado es la siguiente: las sociedades que carecen de un monopolio estable de la violencia física son, al propio tiempo, sociedades en las que la división de funciones es relativamente escasa y las secuencias de acciones que vinculan a los individuos, relativamente breves. A la inversa: sociedades con monopolios estables de violencia física, representados, en un principio, por una gran corte principesca o real, son sociedades en las que la división de funciones es más o menos complicada y en las que las secuencias de acciones que vinculan a los individuos, son más prolongadas, mientras que también son mayores las dependencias funcionales de unas personas con relación a otras. (...) El dominio de las emociones espontáneas, la contención de los afectos, la ampliación de la reflexión más allá del estricto presente para alcanzar a la lejana cadena causal y a las consecuencias futuras, son aspectos distintos del mismo tipo de cambio de comportamiento que se produce necesariamente al mismo tiempo que la monopolización de la violencia física y la ampliación de la secuencia de acción y de las interdependencias en el ámbito social. Se trata de una modificación del comportamiento en el sentido de la ‘civilización’”. (Elias, 1993: 454/455).

Si bien las estructuras de personalidad se transforman en interdependencia con las estructuras sociales, la configuración de las mismas está también vinculada a las posiciones que se ocupen en la red de interdependencia. En la historia de las sociedades europeas, en quienes ocupan lugares periféricos (más alejados de las posiciones centrales), el aparato psíquico se configura más lentamente y, probablemente, menos "completo". Quienes están en lugares centrales, de definición, desarrollan más rápidamente las estructuras de personalidad acordes con las nuevas condiciones de las estructuras sociales. La velocidad y amplitud con que estas se difundan a las otras capas sociales estarán relacionadas con la capacidad

de los sectores dominantes de influir en los otros; esto supone una fuerte red de imbricación en la figuración. Sin embargo, una de las características del proceso civilizatorio consiste en que las pautas de control de las emociones se propaga en todo el entramado humano.

Como el mismo autor expresa, individuo y sociedad son dos aspectos, diferentes pero indisociables, del mismo ser humano que, producto de la evolución, supone una continuidad con el resto de las especies y, a la vez, una diferencia específica con las mismas. En el hombre, y hasta lo que hoy sabemos, por primera vez se modifica la relación entre conductas instintivas y conductas aprendidas a favor de las segundas, de manera tal que la supervivencia humana depende, básicamente, de su capacidad, y necesidad, de conocer. Aprendizaje que sólo puede ser adquirido en el seno de una comunidad humana, en la convivencia con otros. “La manera como los miembros individuales experimentan todo lo que afecta a sus sentidos, el significado que atribuyen a sus percepciones sensoriales, depende de la forma estándar del saber –y, con éste, también de la capacidad de formular conceptos- que la sociedad a la que pertenecen ha alcanzado a lo largo de su evolución”. (Elias, 1990:22-23)

Sin extendernos demasiado sobre este tema, nos interesa destacar que el hombre, por su constitución genética, resultado azaroso de la evolución, es, necesariamente, un ser individual y social.

Las fronteras disciplinares no siempre responden al crecimiento y complejización del conocimiento. Intereses surgidos de las luchas en el *campo científico*, de la institucionalización académica de la ciencia en departamentos, frecuentemente obstaculizan el avance del conocimiento científico. La actual separación del estudio del comportamiento humano en sociología y psicología, por ejemplo, recuerda, como señala Elias, la antigua división entre cuerpo y alma.

Es desde esta perspectiva que vincula los cambios en ambas estructuras, sociales y de la personalidad, consideradas como estructuras mutables en los procesos históricos en la larga duración, que proponemos analizar la forma específica que adquiere su relación en América Latina, y particularmente en la Argentina.

Historia y oscilaciones

“Lo que se transforma en ese proceso que llamamos historia es, por decirlo una vez más, las relaciones recíprocas de los seres humanos y la modelación de los individuos en ellas.

Precisamente cuando nos hacemos a la idea de la historicidad fundamental de los seres humanos, observamos con toda claridad la regularidad y la peculiaridad estructural de la existencia humana, siempre igual a sí misma. Las manifestaciones humanas concretas sólo son comprensibles cuando se observan dentro del contexto general de este movimiento continuo". (Elias, 1993:488-9)

Las sociedades modernas se configuran en un proceso histórico de diferenciación de los diversos campos de actividad, que construyen lógicas específicas que posibilitan su integración, organización y reproducción. Los procesos y los productos de cada uno de estos campos no pueden ser deducidos mecánicamente de la estructura social y del estado general de la lucha de clases ya que poseen una dinámica interna, resultado de las tensiones por la legitimidad y el poder dentro de cada uno de ellos. Ambas concepciones de la sociedad afirman la indisolubilidad de lo material y lo cultural, y permiten la mediación teórica entre estructura y superestructura, y entre lo social y lo individual.

Desde la teoría de los campos, la sociedad no forma una totalidad homogénea sino un conjunto de esferas relativamente autónomas, que no podrían reducirse a una lógica societal única. Desde esta perspectiva, los diversos espacios sociales constituyen "campos", esto es, sistemas de relaciones históricas objetivas entre posiciones ancladas en ciertas formas de poder o "capital". Los campos económico, político, religioso e intelectual, en que se divide la vida social en las sociedades contemporáneas, prescriben sus valores particulares y sus propios principios regulatorios. Un campo se define por el carácter específico del capital que en él se produce y circula, y por el contenido específico que éste imprime a las luchas por su apropiación.

Analizar la historia regional requiere un instrumental teórico que permita ordenar y explicar las múltiples (casi infinitas) variaciones materiales del orden empírico y, a la vez, que pueda someterse a prueba en ese mismo orden. Por otra parte, también es necesario someter a la crítica las categorías teóricas que han sido construidas en contextos históricos diferentes a aquellos en que van a ser aplicados. Al respecto, Waldo Ansaldi destaca que cualquier análisis sobre las sociedades latinoamericanas que recurra a instrumental teórico-metodológico originalmente elaborado para el caso de las sociedades europeas, no puede dejar de tener en cuenta dos aspectos primordiales: En primer lugar, nuestras sociedades, en tanto parte del sistema capitalista mundial, "comparten la lógica de funcionamiento de la sociedad

capitalista, aunque la historia de cada una sea diferente (y la distinción entre el análisis lógico y el análisis histórico es central)". Y, en segundo lugar, no obstante su condición de capitalistas, las sociedades latinoamericanas se hallan en situación de dependencia, lo que constituye un dato vital para cualquier tipo de análisis sociohistórico. (Ansaldi, 1992)

La historia en América Latina (y en Argentina) parece caracterizarse por la discontinuidad, por la ruptura, frutos, primero, de la conquista a través de la imposición por la violencia y, después, por su condición colonial y su inserción poscolonial dependiente. La historia del continente es una historia trunca, un tiempo trunco que incide en la resolución de los procesos, dato nada trivial al momento de realizar análisis sociohistóricos.

La historia dota de especificidad a los procesos, especificidad que debe ser estudiada y explicada; esto, sin embargo, no impide la búsqueda de las *invariantes formales* en las *variaciones materiales*. Considerar irreductible la especificidad histórica conlleva el riesgo, y la tentación, de convertir nuestro continente en un territorio exótico. La realidad de América Latina no puede ser leída al margen de los procesos intra e internacionales. El *proceso de la civilización* latinoamericano presenta diferencias respecto del europeo, pero no puede comprenderse sin él.

En la historia de las sociedades latinoamericanas, caracterizadas por las permanentes rupturas de los procesos, se produciría un constante desfasaje entre las condiciones objetivas y el campo de las representaciones que podría pensarse también como desfasaje entre los campos y los habitus, considerando que los habitus son lo social hecho cuerpo. En Bourdieu, el habitus constituye la articulación entre lo objetivo y lo subjetivo, entendiendo lo subjetivo como lo social individualizado. La individualización es producto del proceso de civilización en la dirección de una mayor autoacción sobre la coacción externa

La construcción de un aparato psíquico de autocontrol —el superyo freudiano— es el resultado de un largo proceso, el proceso de la civilización como se dio en Occidente, que direcciona la construcción de la estructura de la personalidad, en interdependencia con las transformaciones en la estructura social, en el sentido de la necesidad de un creciente autocontrol que se va instalando y automatizando en los individuos hasta consolidarse como aparato psíquico.

En este proceso, la constitución de instituciones centrales estables que monopolizan la violencia física (y simbólica, dirá Bourdieu) son un requisito indispensable para la

conformación de ámbitos pacificados de los cuales se retira la violencia física como modo predominante de relación social.

En Argentina, la creación del Estado nacional supone, en un primer momento, la subordinación de las diferencias regionales a la unidad, territorial y política, que el mismo implica. Si bien este momento sufrirá una redefinición, en lo que a idea de las relaciones nación –provincias respecta casi inmediatamente, las acciones del Estado –vía sistema educativo, codificación jurídica, etc.-, tendientes a la construcción de una ciudadanía, de una identidad nacional, consiguieron construir un campo de representaciones que, de alguna manera, perduró como sentido común nacional.

“En el marco de la representación liberal, la nación emerge como el producto final de las alianzas regionales. La constitución de 1853 consagra la legalidad de un nuevo orden, al mismo tiempo que el reconocimiento de su fundación sobre fuerzas internas diferenciadas, fuerzas que, a partir de ese instante, acuerdan su convergencia a un destino común. El desencuentro se remedia por medio de una renuncia, y la provincia de Buenos Aires deberá dar el ejemplo inicial. La ‘identidad nacional’ toma forma de continuidad, enlaza el inicio, fechado en 1810, punto de creación de una nueva entidad política independiente, atraviesa la época oscura del desacuerdo, iluminada por la promesa de los pactos y del Proyecto, camino hacia la solución definitiva, que culmina en 1880 con la providencia de un sólo Estado para todo el territorio nacional. Los antagonismos regionales son superados, las provincias deponen las armas de la fuerza, armas parciales y aisladas, para participar de la fuerza simbólica del todo, de la Unidad”. (García, 2005).

Una de las más importantes acciones inaugurales del Estado argentino consiste, entonces, en construir una ciudadanía inexistente a partir de una heterogénea realidad. «Una nación -había dicho Alberdi- no es una nación sino por la conciencia profunda y reflexiva de los elementos que la constituyen». Conviene recordar en este momento la capacidad del Estado para construir “mentalidades estatales”.

“La construcción del Estado va pareja con la construcción de una especie de trascendencia histórica común, inmanente a todos sus ‘súbditos’. A través del marco que impone a las prácticas, el Estado instauro e inculca unas formas y unas categorías de percepción y de pensamientos comunes, unos marcos sociales de la percepción, del entendimiento o de la memoria, unas estructuras mentales, unas formas estatales de clasificación. Con lo cual crea las condiciones de una especie de orquestación inmediata de los habitus que es en sí misma el fundamento de una

especie de consenso sobre este conjunto de evidencias compartidas que son constitutivas del sentido común”. (Bourdieu, 1997:117).

La constitución del Estado moderno en nuestro país va indisolublemente ligada con el proceso de constitución de los campos que, justamente por su carácter dependiente, requieren de la acción estatal para conformarse estableciendo con el Estado una relación, en términos gramscianos, de doble vínculo (nos referimos particularmente al campo cultural en sentido amplio). Las acciones estatales ejercen una decisiva influencia en la configuración del espacio social argentino.

La historia argentina muestra como las diferentes configuraciones del espacio social han estado asociadas a las diferentes formas asumidas históricamente por el Estado y a las diferentes clases de acciones de ellas derivadas. Esto permite considerar al Estado como un actor central en la configuración de los entramados sociales y las redes de interdependencias correspondientes, y por lo tanto, sostener que la forma adquirida por el Estado a partir de 1970, y especialmente en la década de los ´90, incide en la desarticulación y a menudo destrucción de las cadenas funcionales de interdependencia que vinculaban a los agentes en el espacio social argentino.

La recurrencia de movimientos descivilizadores que provocan el aumento relativo de la indiferenciación y desintegración en los entramados humanos nacionales, no puede dejar de afectar las estructuras de la personalidad que se constituyen interdependientemente con las estructuras sociales. Así, planteamos que en nuestro país su historia conduce a la constitución de superyo irregulares o incompletos, y consideramos posible pensar en habitus discordantes por conformarse en procesos caracterizados por cambios bruscos, interrumpidos. Esto ayudaría a comprender las oscilaciones pendulares en ambas estructuras (sociales y de personalidad).

Esta inestabilidad del habitus estaría relacionada con condiciones objetivas inestables y constantemente interrumpidas, es decir, con campos que se constituyen y funcionan con escasa autonomía por lo que no garantizan la continuidad necesaria para el proceso de constitución de identidades. En otros términos, “El habitus no está necesariamente adaptado ni es necesariamente coherente. Tiene sus grados de integración, que corresponden, en particular, a grados de ‘cristalización’ del status ocupado”. (Bourdieu, 1999:210) Es, justamente, la dificultad de lograr cristalización del status por las constantes disrupciones en nuestros procesos, a lo que hacemos referencia para sustentar la discordancia del habitus como nuestra manera histórica de constituirse.

Bibliografía

Ansaldi, Waldo., “Conviene o no conviene invocar al genio de la lámpara?” en *Estudios Sociales* Nº 2, Santa Fe, 1992, p. 56.

Bourdieu, Pierre (1999); *Meditaciones Pascalianas*. Anagrama, Barcelona.

Bourdieu, Pierre (1997), *Razones Prácticas*. Editorial Anagrama. Barcelona.

Elias, Norbert, (1990), *Compromiso y distanciamiento*, Península, Barcelona.

Elias, Norbert, (2000), *La sociedad de los individuos*, Península, Barcelona.

Elias, Norbert (1993), *El Proceso de la Civilización*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.

García, Fabiana (2005), Tesis doctoral, en ejecución.

María del Carmen Goldberg

Pedro Quiroga 252 (O), 5400. San Juan

TE. 0264-4217143

E-mail: mgoldberg@interredes.com.ar

Alejandro José María Carelli

TE. 0351-4248746

E-mail: josemacarelli@hotmail.com

josemariacarelli@yahoo.es